La universidad atraviesa por un duro trance

La gravedad de la situación se acrecienta un tanto por el hecho de que es difícil, tal vez poco prudente y políticamente incorrecto hablar con la aspereza que el escenario merece. De todas maneras, ello no es imposible. Yo lo haré, bajo mi sola responsabilidad, y porque seguramente no entiendo de política.

............

La epistemología contemporánea ha relevado que el conocimiento es una construcción social. Con ello, ha puesto una nota de alerta acerca de la objetividad del observador-participante. Ha mostrado, además, y de varias formas, limitaciones de la razón.

Pensadores ilustres, de hace 24, 8, 5 o 1 siglos, han sido duramente cuestionados. Esa crítica parece razonable; de hecho, para ser tomada con seriedad, ha de tener al menos parte de esa racionalidad que aquellos pensadores pusieron a nuestra disposición de manera precisa.

Disputar la racionalidad no es lo mismo que entregarse a la estulticia.

Este tema es central a la academia, pero la trasciende. Hoy día nuestra universidad se ve afectada seriamente por una circunstancia cuya racionalidad, precisamente, es cuestionable: hay incoherencia entre los objetivos y el articulado del Proyecto de Educación Superior del país; los indicadores, esto es, los datos relativos a la calidad, no son tomados en cuenta; se avanza también en contra de la equidad.

............

No soy muy observador. En mi vida, ya no demasiado breve, he hecho un par de observaciones.

Una es que he sabido solo de dos ocasiones en que el responsable de un accidente de tránsito haya reconocido su culpa. La otra, ligeramente más sorprendente, es que aquellos jóvenes que más se quejaron de las imposiciones de sus padres terminaron siendo padres opresivos; a mí me parece que el tema no era la justicia, sino salirse con la suya.

Ha habido ahora mucha efusión respecto del fútbol, y algo que se llama la Copa América., en dos versiones. Observando los medios de comunicación, me di cuenta de que desde hacía 100 años estaba sufriendo por no haber ganado esa copa (no tengo taaantos años). Allende los Andes, hay quienes sostienen que el tema no fue un campeonato de fútbol, sino el romance entre miembros destacados de su selección, el técnico de la misma y la hinchada de ese país. Yo había leído que la historia la escriben los vencedores, pero al lado, aún después del reparto de copas, medallas, felicitaciones, abrazos, y cobertura mundial del *hecho* hay personas que ponen en duda que la selección de nuestro país ganó. Parece que es algo así lo que algunos entienden por que el conocimiento sea una construcción social.

......

Alguna racionalidad es bienvenida en una universidad. De hecho, proceder con racionalidad es su imperativo ético, su ob-ligación. Así se hizo desde las *quaestiones* en los siglos XIII al XVII.

La universidad enseña, y no lo hace como un instituto profesional. Este se reúne para enseñar lo que sabe. La universidad se congrega absorta en la conciencia de su ignorancia radical. Es por eso que investiga. De allí que el cuestionarse le sea connatural. Es por ello que el tema epistemológico es tan relevante. Es también esa la razón de que deba abrirse, realmente, a lo que la sociedad le muestre, y eventualmente a corregir un rumbo que no esté en apropiada sintonía con aquello a lo cual también se debe –no solo al conocimiento–.

La conciencia de sus limitaciones no impide a la universidad la percepción de que sabe más que otros, y de que es su obligación ineluctable compartir ese saber. En el momento en que la universidad se limite a seguir lo que otros dicen, se convierte en un cadáver ambulante de esos que se ven tan profusamente hoy en televisión. Sumarse a marchas y manifestaciones similares no está necesariamente reñido con el quehacer de quienes son universitarios, pero evidentemente no es allí donde la universidad muestra su valer para la sociedad que la necesita y acoge. Sobre todo si la racionalidad de tales actos no tiene la claridad que es el sur, no por inalcanzable menos deseable, de su actuar.

No es, en absoluto, que la universidad pueda sustraerse al fuerte impulso, proveniente del exterior o de sus legítimos estamentos, de revisar algunos de sus supuestos, sino que, por su peculiar naturaleza y función, precisamente, por su responsabilidad social, aquella que la comunidad que la acoge y fomenta tiene derecho a demandarle, no puede basarse en los juicios de otros, sobre todo si ellos son tan cuestionables como los que vemos hoy.

.....

|Hay racionalidades de distinto tipo. A todas se les puede poner un nombre en español –si bien el habla vernácula es, como de costumbre, más expresiva al respecto–.

Las hay fácilmente adivinables (como la de partido político chico en un escenario de empate virtual de la fuerzas más representativas de la sociedad).

Hay racionalidades que no consideran que haya otras, y que nosotros llamamos ingenuas, es decir, alejadas de lo formal (en lengua vernácula se la denomina por lo general con alguna variante de la palabra seguramente más polisémicas del léxico, una a la cual el insigne Cosme consagró un hermoso y fino volumen). Incluso aquí en este claustro suelen aparecer como expresión irreflexiva de simpatía a manifestaciones de violencia, externa o interna, en contra de la universidad –en esa acepción podrían ocasionalmente llamarse también incumplimiento de contrato–. Por supuesto, insistimos, la universidad puede y eventualmente debe abrirse a miradas que le permitan enmendar alguno de sus yerros y aun crecer cualitativamente; pero eso, qué duda puede caber, debe hacerse en forma inteligente –una que tenga alguna probabilidad de encaminarse a aquello a lo cual se quiere atender–.

Hay racionalidades acomodaticias. Lo de siempre: hay primera clase y clase turista. Hoy el rector, con su claridad y coherencia acostumbradas, nos ha convocado a la elaboración del nuevo Plan de Desarrollo Estratégico, lo cual, aun haciendo abstracción de la circunstancia amenazante, es necesario para la universidad, pero es, parte de su respuesta a esa amenaza, y tiene además el corolario de servir para la acreditación institucional. Ello me recuerda inevitablemente que una universidad que no nombraré fue acreditada por el período máximo, en todas sus áreas, el mismo año en que reclamó públicamente por carecer de financiamiento para superar sus graves deficiencias en gestión. De manera análoga, mientras la generalidad de los profesores sufre por no poder entrara a sus oficinas y especialmente laboratorios, hay quienes aprovechan para tomarse vacaciones, ~~eventualmente, en algún lugar exótico~~, incluso, alguno declara que es esa su manera de " sumarse a la lucha". Para este tipo de racionalidad, caracterizada por su desequilibrio entre derechos y deberes, el nombre vernáculo proviene al parecer de la frenología~~, pero no se fija en el cráneo, sino en el rostro.~~

Hay también, no debemos olvidar jamás, racionalidades perversas~~, a las cuales el habla chilensis reserva la más dura de sus expresiones.~~ Dos cultores de estas, "solos", en el siglo XX, tuvieron responsabilidad en la muerte de bastante más de 100 millones de personas. Una de las características ostensibles de tales racionalidades (oscurecida, ciertamente, por otras más atroces) fue el desaprecio de la intelectualidad. En un caso similar, ese desdén fue la causa, tras la desaparición del líder local, del atraso de medio siglo en la posibilidad de siquiera pensar en desarrollo o algo parecido.

Hay también, por supuesto falta manifiesta de racionalidad. Mis alumnos tuvieron hace poco la tarea de poner nombres en latín a lo que de manera ostensiblemente liviana e irresponsable varios de nuestros congresales exhibieron en calidad de argumentos, cuando se discutió el caso del aborto. (¿Acaso eso no merece repudio?).

.............

El año pasado, en este claustro, se nos invitó a escuchar a los alumnos. También yo me tomo en serio el claustro, y me lo propuse como tarea.

No me fue muy bien. De hecho, de acuerdo a mi experiencia, no había razón para esperarlo.

Voy a dar algunos ejemplos, solo a manera de ilustración~~; la lista es más larga, pero el claustro dura un día como máximo.~~

Racionalidad no es lo que se aprecia, por ejemplo, en la concienzuda destrucción de su colegio por algunos estudiantes secundarios, en pro de una educación de calidad. ¿A qué apuntaban, que el resto de la ciudadanía, la mayoría de la cual difícilmente tiene las posibilidades que el país ofrece a esos alumnos, pueda entender?

Un día había una manifestación estudiantil, convocada con grandes aspavientos. Cerca del frontis de este edificio se reunieron unas 20 personas. Yo estaba allí, observador casual. Partió la delegación, a integrarse presumiblemente con una columna mayor. "¡Somos pocos, pero buenos!", gritó una voz. Yo lo encontré simpático. Más tarde lo hallé más bien escalofriante.

El siguiente paso fue igualmente preocupante. Hubo una toma del instituto en el cual trabajo. Pregunté cuál era el motivo. La respuesta que se me dio, más de una vez, fue espeluznante: "No lo sabemos; todavía no hemos hecho la asamblea".

Me pregunté entonces lo que debía haber hecho antes: quiénes eran, y cuántos.

Esa fue la primera gran dificultad. No se puede no pensar que, durante las manifestaciones de variado tipo, la gran mayoría de los estudiantes de la PUCV no esté en sus casas, descansando, o trabajando en la empresa privada (universidades, por ejemplo) o en otras ocupaciones.

*Quiénes* es algo difícil de determinar. Una vez, preocupado de acontecimientos que sucedieron en una toma de la casa central, entré (~~se me habría podido detener solo a golpes~~) y la persona encargada me explicó que la organización no sabía quiénes estaban en este edificio, y que no podían hacerse responsable por ellos.

*Cuántos* es algo no tan difícil de calcular: unas 200 personas paralizan a la universidad, y hay un entorno más o menos comprometido de amplitud variable –aun cuando, como se sabe, no todos ellos pertenecen a la PUCV–. 200 de 15000 es como decir 20 en 1500, o bien, como 2 personas en un colegio de 150. A mí me parece que hay aquí algo en lo cual reparar.

También creo que hay algo que no cuadra: si estos son movimiento espontáneos de reivindicación, ¿por qué es que se puede predecir con alguna seguridad, el año anterior, que habrá problemas en uno determinado?

Mantener alguna claridad en el análisis no es cuestión tan sencilla, sobre todo cuando, sobre la marcha, el lenguaje se va manejando y modificando de manera tan arbitraria, cosa en absoluto inocua. Hubo un porteño que dio en tratar de "humanoides" a un sector de la población; por supuesto, los humanoides no tienen derechos humanos. Hace no demasiado tiempo, alumnos de Curauma con mucho bombo hicieron lo que llamaron una *olla común*... porque no les gustaban los menús del casino; a mí me parece que es esa una afrenta gratuita de niñito pije e irrespetuoso a personas verdaderamente necesitadas. Hoy día, *universidad pública*, pretenden los interesados, en contra de toda razón, significa *universidad estatal*.

Poner el nombre a las cosas es un asunto que en nuestra tradición tiene muchas importancia

Debemos preguntarnos: ¿de lo único que se trata aquí es del derecho de los estudiantes? ¿Acaso no hay personas más necesitadas? Y, volviendo al lenguaje, si el hecho de que la universidad cobre derechos de matrícula se considera lucro, ¿no deberíamos concluir que los estudiantes luchan por su derecho a lucrar?

Lo único que puede anteponer el derecho de los estudiantes universitarios al de otros sectores, casi todos más desfavorecidos, es su contribución eventual al país. Pero cuesta mucho encontrar, en el discurso, siquiera un guiño en esa dirección.

...

Ya bien desconcertado, hice algo sensato: recordé que estaba en una universidad y podía preguntar a mis colegas, que poseen diversas especialidades.

No me fue mejor.

Artistas me dijeron que copiar una instalación de otros no se podía considerar ni remotamente una obra de arte.

Juristas me hablaron de un par de prácticas pavorosas: si el organismo general de centros de alumnos vota paro o toma, todos los centros deben plegarse a ello; sin embargo, si en aquel organismo se vota no toma ni paro, cualquier centro puede descolgarse; además, si una asamblea vota en contra del paro, no es imposible que el delegado ante el organismo superior use su mayor discernimiento y lo haga a favor. A mí esto me recordó aquella vez que un grupo de unos 40 alumnos (esto es, menos del 0,3% de los estudiantes de la PUCV) intentó amedrentarnos, a los profesores ,para que no votáramos por un candidato a rector. Hay que decirlo claramente: no precisamente una tradición democrática respetable.

A algunos especialistas creí que no debía preguntar. Por ejemplo, cuando vi en Youtube (imagino que el video todavía está allí) que un grupo de estudiantes de periodismo, que había ido a cubrir el voto favorable a una toma, se encontró con un resultado en contra, y la grabación se dedicó en realidad a registrar cómo el grupo trataba de consolar a uno de ellos, que, contrariado "hacía pucheros". Me pareció que ello excedía lo que se llama periodismo interpretativo.

Por supuesto, no estoy criticando a escuelas ni institutos. Yo soy de Matemáticas, y puedo testimoniar que lo que allí se enseña no es compatible con la idea ingenua, que felizmente no prosperó, de hacer una rifa o un baile para paliar el déficit de millones de dólares que generó a la universidad una toma prolongada anterior.

Ante tal medianía, abandoné entonces, entristecido el ejercicio. No era lo que cabría esperar de quienes pretenden dictar a los demás qué tienen que hacer, cuándo y de qué manera.

...

Sigo apreciando a mis alumnos, y trabajando cordialmente por los estudiantes de la universidad; el enajenarme su voluntad y, seguramente, la de algunos profesores, es simplemente un precio que estoy dispuesto a pagar por aquella.

.............

La construcción de conocimiento tiene un límite que no todos saben apreciar. El jugador Pinilla, en el último campeonato mundial de fútbol, no metió un gol, sino que estrelló, como se dice, el balón en el travesaño.

Asimismo, es un hecho que nuestros estudiantes pueden y deben mejorar. Ello por su bien y el del país. En matemáticas, en las pruebas escolares somos los mejores de Latinoamérica. La prueba PISA, que así lo registra, ordena el puntaje de alumnos de 1 a 6. En el nivel 6 están los estudiantes que tienen pensamiento independiente, que pueden hurgar y encontrar información, que conjeturan, *razonan*, y argumentan. En el nivel más bajo, el 1, están quienes solo pueden realizar procedimientos rutinarios cuando se les da directa y claramente la información y aun instrucciones para trabajar. En Shanghái (ejemplo que no estoy proponiendo aquí imitar) más de la mitad de los niños se sitúa en los niveles 5 y 6; uno de cada cinco está en el nivel máximo. En Chile, en perfecta simetría, más de la mitad de los niños está en ya sea en el nivel 1 o bien bajo la escala, y uno de cada cinco no alcanza a subirse a ella.

Esto no se remedia, digamos, subiendo o bajando el travesaño del arco, ni solamente marchando de allá para acá. Hay un duro trabajo que hacer, uno que no se basa en la conversación bien intencionada que trata de ponerse de acuerdo y que eventualmente lo hace... para comprobar después no había entendido realmente el problema.

Ese es el tipo de tarea que (también) tiene una universidad. Una que seguramente la PUCV va a seguir haciendo, en medio de las dificultades ingentes, y con la sensibilidad y permeabilidad social que caracteriza, en verdad, a la gran mayoría de sus miembros.

No parece haber duda que es este un periodo que necesitará de todo el esfuerzo, la coherencia, la razonabilidad y la cohesión que podamos reunir.

Seguramente deberemos bucear, todos, aún más en nuestro interior personal y colectivo, seguramente deberemos ser más permeables a lo que con justicia nos demandan nuestros alumnos. Pero no podemos seguir el camino que otros, así formen parte de nosotros, nos tracen, so pena de dejar de ser lo que somos, de escamotear la real contribución a la cual los chilenos en su conjunto tienen derecho a esperar de nosotros.

No hay duda de que es este un periodo de crisis. En el extremo oriente, recordemos, el ideograma correspondiente se compone de uno del término "peligro" y de otro del término "oportunidad". La oportunidad no se ve con claridad; pero el peligro es manifiesto, ostensible.

Parte de ese peligro consiste en olvidar una cuestión de lo más elemental: uno no ingresa a la universidad para enseñarle a ella lo que tiene que hacer; uno lo hace para aprender del conocimiento que ella ha reunido y que genera. Eso no quiere decir que no se pueda cuestionarla, y seriamente, aportar en su construcción. Sin embargo, si no hubiera necesidad de aprendizaje, ¿para qué esforzarse en ingresar y en permanecer en ella? ¿Para qué se exigir una educación de calidad si uno, realmente, no la necesita?

A la universidad se viene a estudiar y, por supuesto, a también a pensar. Por cierto, no es lo uno anterior a lo otro; tampoco es lo uno sin lo otro .¿Acaso entendemos el conocimiento de manera, dicho con el mayor respeto, esquizoide?

No son los estudiantes los únicos a quienes nos debemos, no son solo ellos, parte nuestra, quienes constituyen la sociedad a la cual debemos servir, ni aquellos que por sí solos tienen la atribución de señalar nuestro destino. Aquí no sucede, ni puede suceder, que el que grite más alto o recurra a la violencia sea por ello el que tiene la razón. Desgraciadamente, esa no sería la primera vez que se malinterpretara lo que los padres fundadores quisieron expresar con el lema "Por la razón o la fuerza" –quitándole, de paso, una vez más, la primera afirmación–.

Sigamos esforzándonos, con la valentía acostumbrada. Hay una buena razón para no temer, ni desmayar. Alguien nos protege.